

JESUITAS Y SUS COLABORADORES APOSTOLICOS LAICOS

UN RETO PERMANENTE EN FILIPINAS

Jose Mario C. Francisco, S.J.

*Escuela Loyola de Teología
Filipinas*

Hemos sido bendecidos con gracias abundantes en la coparticipación apostólica entre jesuitas y seglares en los ministerios jesuitas normales, así como en el compromiso de los jesuitas en movimientos sociales, y con otros grupos como las organizaciones no gubernamentales (ONGs). Esta abundancia de gracias se manifiesta tanto por la amplitud como por la intensidad de esa coparticipación.

Con un total de 240 jesuitas y una edad media de 60 años, los ministerios de la Provincia Filipina comprenden: a) cinco universidades y tres Colegios de educación básica, b) facultades teológicas, c) trabajos de investigación para el desarrollo social, asistencia legal y organización, d) centros de Espiritualidad Ignaciana y formación psicoespiritual, y casas de Ejercicios, e) uso de medios de comunicación y educación, y f) parroquias. Estos ministerios diversos y extensos no serían posibles sin el número grande de personas laicas que toman parte activa en ellos, en sus diferentes actividades.

Además, seglares competentes y comprometidos han ocupado puestos de dirección y cargos importantes en muchos de esos ministerios. Durante más de 25 años, la formación de jesuitas, a partir del noviciado, ha contado con laicos/as, no sólo como profesores sino también como orientadores y directores espirituales. Durante las reuniones provinciales de superiores y directores de obras no es raro

encontrar mujeres como directores ejecutivos del Instituto para Temas Eclesiásticos y Sociales, y del Centro para la Espiritualidad Ignaciana.

Esta misma amplitud e intensidad se encuentra en movimientos sociales y en grupos, en los cuales los jesuitas están trabajando en una estructura amplia, que incluye antiguos alumnos, bienhechores y amigos. Por poner un ejemplo, los jesuitas han trabajado codo a codo - y no en puestos directivos - con abogados de la sociedad civil para la desaparición de dos presidentes de Filipinas, autoritarios y corruptos. Y jesuitas, a título individual, trabajan con seglares en grupos, desde las organizaciones de base hasta las ONGs del medio ambiente.

Como en muchos lugares del mundo, esta rica experiencia de participación apostólica entre jesuitas y laicos/as en Filipinas ha sido consecuencia del Concilio Vaticano II y de las recientes Congregaciones Generales de la Compañía. Documentos bien conocidos de ambas fuentes reconocen la igualdad de dignidad de los seglares como bautizados, su vocación a la misión, y el papel de sus ministerios dentro de la Iglesia y en el mundo. De esa manera se les identifica con toda verdad como colaboradores apostólicos, y no meramente como empleados, o peor todavía como “sacristanes glorificados”.

Dentro de esta experiencia de la gracia, fruto del impulso fundamental por parte de la Iglesia y de la Compañía, hace ya cuarenta años, este breve ensayo se centra en dos retos generales, relacionados con la colaboración apostólica, que son importantes para otros contextos también, pero especialmente para la Provincia de Filipinas

***Fomentar la Colaboración Apostólica
a través de la Formación Mutua***

Como en otros contextos culturales, donde el catolicismo ha estado presente históricamente por largos años, y ejercido con su presencia una influencia decisiva, la sociedad tradicional filipina se ha caracterizado en general por tener un excesivo respeto hacia los sacerdotes y religiosos. Aun sin olvidar las características personales de cada sacerdote o religioso, este contexto cultural los considera, meramente por virtud de su estado, y siguiendo la teología pre-Vaticano Segundo, como de “estado superior” al de las personas casadas, y tiene también presentes las actitudes patriarcales

respecto al estado inferior de la mujer. Así los sacerdotes y religiosos, especialmente los hombres, son colocados en los lugares de honor en actos religiosos e incluso políticos. La apatía y el anticlericalismo, con diferentes disfraces, existe sin duda entre nosotros, como resultado de actitudes históricas anteriores, relacionadas con la posición favorable de la Iglesia al status quo, o con la idea de que la Iglesia era una amenaza por su poder. A pesar de ello el respeto hacia los sacerdotes y religiosos era parte del ambiente cultural local.

Muy unida a esta característica era la conducta cultural de muchos sacerdotes y religiosos, que podríamos describir como paternalista. Acostumbraban a tratar a los demás con lo que ellos entendían era “amabilidad y caridad”, incluso “talante pastoral”, pero en realidad su comportamiento sugería que no consideraban a los seglares como “maduros” o “iguales”.

Estas realidades culturales en el contexto de Filipinas condicionaban la práctica de la colaboración apostólica entre jesuitas y laicos/as. Como muestra de

*la formación de los jesuitas
ha contado con personas laicas*

ello esa realidad se acentuaba con frecuencia en los ámbitos de la presencia e influencia de los jesuitas. Los jesuitas eran generalmente buscados como “oradores más inteligentes”, “mejores directores de Ejercicios”, “confesores más comprensivos”. Como toda cualidad cultural esas realidades estaban en su mayor parte implícitas en la conducta, y no eran buscadas por parte de la mayoría, pero podían impedir el tipo de colaboración apostólica que contempla la Compañía contemporánea.

Por ejemplo, cuando en situaciones concretas se nombran personas seglares, competentes y comprometidas, para cargos de dirección, se oyen comentarios - que con frecuencia no intentan disminuir el crédito de las personas afectadas - como “hubiera sido mejor nombrar un jesuita”. Al llamar la atención sobre comentarios de esta clase, no necesitamos negar o ignorar las diferencias entre jesuitas y seglares en muchos aspectos, tanto como grupo o como individuos. Pero al mismo tiempo es cosa de buen sentido que el criterio fundamental en situaciones tales, aún cuando las diferencias se deban tener en cuenta, sea simplemente “quién servirá mejor a la misión en el trabajo apostólico concreto de que se trata”.

Otro ejemplo de cómo esta característica cultural eclesial puede socavar la genuina cooperación apostólica se puede encontrar en situaciones, especialmente dentro de las instituciones jesuitas, cuando un jesuita trabaja bajo la autoridad de un administrador laico/a. Debido al factor cultural, resulta dificultoso para el seglar tratar con el jesuita con el mismo nivel profesional que aplica a los demás. Incluso si prescindimos de la actitud del jesuita afectado, temas importantes relacionados con la evaluación profesional o la jubilación, resultan especialmente delicados. Y esto se hace más difícil si hay otras circunstancias en sus relaciones como una pasada relación de profesor - alumno, o si el jesuita es de mucha más edad.

Como ya ha indicado el Decreto de la CG 34 esos ejemplos pueden únicamente evitarse fomentando una mentalidad de colaboración apostólica, a través de la formación de los jesuitas y de sus colaboradores. La Provincia Filipina y sus diversas Obras apostólicas han iniciado programas para responder a esa necesidad. Los Centros de enseñanza han impartido Espiritualidad Ignaciana en Grupos de Trabajo Educativos (ISEW) para jesuitas y administradores seculares, profesores y demás personal. Se han hecho también esfuerzos en el Apostolado Social para dar a conocer a los seculares la Espiritualidad Ignaciana.

Pero más importante que estos programas de formación es el diálogo amistoso en la vida de jesuitas y seculares. Las historias de éxitos del apostolado jesuitas-laicos/as se han iniciado y continuado por la amistad y relaciones cordiales entre ellos. Como en muchos cambios culturales, todo comienza, no con estructuras formales, sino en la interacción de la vida ordinaria. Los jesuitas y los laicos/as tienen sin duda muchas otras ocupaciones importantes, pero “gastar algún tiempo” en sus relaciones mutuas es crucial en este terreno.

A la luz de estos programas ya en marcha, se han hecho algunos comentarios sobre la formación para la colaboración apostólica. En primer lugar es importante que parte de esta formación comprenda un grupo mixto de jesuitas y laicos/as, de diferentes ministerios. Esa diversidad ayuda a destacar su misión común, que es la base de su ministerio o institución particular, y a ampliar y enriquecer sus propias visiones y experiencias. Después, los programas siguientes de formación se pueden ocupar en

debatir temas de colaboración jesuitas-seglares, en ministerios o instituciones particulares.

En segundo lugar es igualmente importante ofrecer oportunidades para que los jesuitas y los seglares participen y reflexionen juntos sobre su colaboración apostólica. Aprender a escucharse mutuamente sus experiencias y debatir los puntos críticos de su colaboración. Aunque es también necesario que los dos grupos tengan ocasión de debatir aparte, la participación mutua de ambos grupos es esencial para una auténtica coparticipación apostólica.

En tercer lugar la formación para la colaboración apostólica, en sus muchas dimensiones, debe tener en cuenta las necesidades de ambos grupos. Por ejemplo los jesuitas necesitan situar esta colaboración en el cuadro de la teología eclesial, de la ordenación sacerdotal y de la vida religiosa. Para los que están habituados a las situaciones en las cuales toda la dirección estaba en manos de jesuitas, la formación para la colaboración debe estar acompañada de un crecimiento espiritual del sentido de humildad real (“kenosis”). Para los que comienzan esta formación, y ya han estado en contacto con seglares en etapas anteriores, es necesario que reflexionen y asimilen sus experiencias de trabajo con y bajo la supervisión de seglares, especialmente durante el magisterio.

*importante es el diálogo amistoso
en la vida de jesuitas y laicos/as*

Por parte de los colaboradores laicos/as, la formación debe incluir el conocimiento de los fundamentos de la fe cristiana, y la familiaridad con la Espiritualidad Ignaciana. Una reciente encuesta entre profesores y empleados de algunas universidades jesuitas filipinas, no de todas, señalan un conocimiento insuficiente de la propia fe. Aunque se han ofrecido a muchos colaboradores seglares diferentes programas sobre Espiritualidad Ignaciana, incluso Ejercicios, existe una necesidad real de regular esta espiritualidad a la luz de la experiencia, adaptada a la vida profesional y personal de los seglares, solteros y casados. Un casado, comprometido intensamente en las Comunidades de Vida Cristiana, decía que ha estado buscando más literatura sobre la espiritualidad Ignaciana por y para laicos/as.

Unir las energías (crear una sinergia) entre las Prácticas de la Administración y el Gobierno Jesuita

La Colaboración Apostólica entre jesuitas y seglares ha sido afectada por las innovaciones en las Obras Apostólicas, donde trabajan juntos. Como otras instituciones eclesiales, han adoptado prácticas administrativas contemporáneas. Ya sean universidades o pequeños centros, muchos han experimentado el desarrollo estratégico, planificado y orgánico, de su estructura visión-misión. Esas prácticas han sido probadas y rectamente incorporadas a la administración de nuestras instituciones jesuitas, al servicio de una mayor eficacia administrativa y efectividad apostólica.

Al mismo tiempo estas instituciones jesuitas siguen formas de proceder que son típicamente jesuitas. Algunos ejemplos son la práctica del discernimiento y la importancia de la *cura personalis* en el gobierno jesuita. A la luz de la práctica actual de dirección, algunas de esas prácticas han sido modificadas y otras conservadas por razones válidas. Pero continúa el problema de estas dos - prácticas de administración y gobierno jesuita - relacionadas entre sí en la vida diaria. No podríamos esperar una integración completa, porque las dos se desenvuelven en diferentes contextos, y por ello tienen finalidades diferentes. Por otra parte no deberían actuar en las obras apostólicas jesuitas con independencia una de la otra, y mucho menos enfrentadas. De ahí la importancia de la sinergia entre ellas.

Esta es la realidad de la situación donde la colaboración apostólica entre jesuitas y seglares se mueve. Por ello hay que prestar atención a zonas específicas que pudieran ser obstáculos a una colaboración auténtica. Por ejemplo podríamos preguntarnos hasta qué punto las instituciones jesuitas incorporan el discernimiento como un elemento explícito en la toma de decisiones corporativas, en lugar de aplicarlo simplemente al análisis de los costes y beneficios.

Pero hay otra circunstancia mucho más central relacionada con la visita canónica anual y la cuenta de conciencia de cada jesuita a su superior mayor. Ambas juegan un papel muy importante en el gobierno de la Compañía. Cuando los laicos/as tienen el cargo de dirección en un ministerio jesuita, debe haber una comunicación frecuente entre el superior mayor jesuita y esos líderes seglares. Sin intentar imponer, de forma poco apropiada, la práctica jesuita, la relación entre el superior mayor y esos líderes seglares debe caracterizarse por la mutua apertura y transparencia. Solamente así

puede existir corresponsabilidad, que redundará en la vida del Reino de Dios, y hace a todos siervos iguales de la misión de Cristo.

La Provincia Filipina continúa dando pasos importantes para responder a esos dos retos de nuestro tiempo, esperando que los jesuitas y los seculares llegarán a estar más compenetrados, más unidos (*codo a codo*), en la misión. Las experiencias extensas y profundas de la coparticipación jesuitas-laicos/as han sido una bendición, y por eso tenemos esperanza de que la CG 35 nos transmita una aceptación más definitiva de esta colaboración apostólica.